

TERCER SECTOR: REALIDADES y PERSPECTIVAS DE UN NUEVO ESPACIO  
SERGIO DE PIERO

**1. Después de la crisis: en busca de los sentidos**

Es usual que, en los períodos de crisis, se intente una especie de comparación con el pasado, en orden a poder comprender o, al menos, ubicar las problemáticas con que uno tiene que lidiar. Esto no tiene nada que ver (al menos, no necesariamente) con alguna actitud nostálgica, ni tampoco con el hipotético placer de ver las llamas que consumen las naves que uno ha quemado. Se trata de una cuestión de orden: echar mano de lo conocido para poder nombrar lo no conocido, en un ejercicio de contraste y apercibimiento.

Así, la sociedad de posguerra se nos presenta como la configuración de una pirámide social y de una cohesión política, donde los actores se reconocían mutuamente en un mundo medianamente predecible: el Estado aparecía ante los individuos como una institución creadora de certezas y constituyente de identidades, los partidos políticos encarnaban los intereses de los ciudadanos, los representantes representaban, etc. La "familia social" podía ser pintada en la misma tela y los actores sabían el lugar que en ella les tocaba ocupar, aunque cierta oscilación social los desplazara, por momentos, a otros espacios cercanos. Además, existía la presunción (o la seguridad) de que la escala social era ascendente.

Ahora bien: estas certezas han sido erosionadas en los últimos veinte años, en un proceso que conjugó lo político, lo económico y lo social en algunos hitos históricos que enumeraremos a continuación.

La última dictadura militar provocó una profunda desmovilización social, instalando una cultura del miedo (O'Donnell:1982). Si bien en el '83 se dio un nuevo protagonismo de la sociedad, esta nueva movilización no tuvo ni las características ni las dimensiones de la de la década anterior, y ello pudo comprobarse años después.

En segundo lugar, el período hiperinflacionario del año '89. Luego de la incertidumbre por la misma vida que había generado el Proceso, la hiperinflación destruyó las certezas mínimas de la vida económica cotidiana. Si bien el período crítico fue breve, en ese lapso, los individuos sintieron que todo aquello que usualmente se daba como adquirido, ahora se desvanecía, porque el mismo valor del dinero se hacía humo ante sus ojos. No ya la certeza del ahorro, golpeada desde hacía tiempo, sino la del intercambio cotidiano, había sido puesta en duda.

Tercero, y construido a partir del punto anterior: la transformación del Estado y su nueva vinculación con la esfera pública. El cambio, descrito ya en numerosos trabajos, implicó básicamente la privatización de empresas públicas, en particular en el área servicios, el retiro de la intervención estatal de algunas áreas de la economía, la transformación de la burocracia estatal y la descentralización, en el aspecto ejecutivo, de una importante cantidad de políticas públicas. El Estado nacional, que proveía, aunque fuera ineficientemente, de servicios públicos, al que el ciudadano podía reclamarle respecto a cuestiones como la educación, la salud u otras áreas públicas, ya no existía. La institución central y centralizadora, que había construido buena parte de la estructura económica del país, se fragmentó en miles de partes, que el ciudadano ahora debe articular dificultosamente: la provincia, el municipio, una empresa privada que brinda servicios públicos, un ente nacional, una administradora de fondos de pensión, etc. Hacia el Estado podían dirigirse todas las demandas y esperar, con mayor o menor esperanza, alguna

respuesta, porque si en nuestro país no tuvimos verdaderamente el Estado de Bienestar, los ciudadanos sí lo concibieron, al menos, como un "Estado Providencia".

Por último, todo este proceso se enmarca en la creciente valoración de la vida privada y el ámbito de lo cotidiano, en todo lo cual se va dando la formación de nuevas identidades culturales, que ya no parecen responder a la lógica del Estado nacional. El agotamiento de un modelo que comprendía la construcción de la comunidad produjo, directa o indirectamente, el resquebrajamiento de la sociedad misma, generando nuevas identidades y sentidos culturales que se alimentan en diversas vertientes sociales, religiosas, barriales o artísticas. En algunos casos, estas manifestaciones han asumido, como dijimos, un interés circunscripto a la vida privada o, más específicamente, cotidiana; pero en otros han "ingresado" en el ámbito público, solicitando su reconocimiento

Tenemos, entonces, la generación de cuatro variables:

| Fenómeno   | Dimensión |
|--|-----------|
| Represión y desmovilización social                                   | Social    |
| Proceso hiperinflacionario   | Económica |
| Transformación del modelo de Estado                                  | Política  |
| Revalorización de la vida privada y generación de nuevas identidades | Cultural  |

Todas ellas nos señalan la emergencia de una nueva conflictividad, ya no solo centrada en las clases sociales, sino extendiéndose a través de un conjunto de variables de distinto tipo. Y todo ello, a su vez, en marcado en los procesos de globalización donde "la sociedad entera -deliberada o involuntariamente- se ve arrastrada e incorporada a la competencia mundial"<sup>1</sup>.

## 2. Los cambios en la concepción de la sociedad civil

El debate sobre las transformaciones en la sociedad civil se inaugura, en nuestra región, juntamente con las discusiones sobre la transición postdictadura. Primariamente, estuvo centrado en los cambios de las formas de participación y los nuevos rasgos que asumía la sociedad civil. En los '80 ganó terreno, frente a la amenaza de continuar con el "péndulo cívico-militar", la concertación. La cuestión de la necesidad (o no) de un acuerdo entre los actores políticos, en particular entre los partidos, pero también extendido a toda la sociedad, fue claramente manifestada por varios autores, con distintas visiones, ocupando el centro del debate.

El valor de la sociedad civil se resignifica, entonces, a partir de la trágica experiencia de la dictadura: el espacio social es visto como el de la vida y la resistencia frente al terror. Estas esferas de resistencia se construyen a partir de instancias que se desarrollan por afuera de las estructuras políticas representativas existentes. En particular, estamos pensando en el caso de los organismos defensores de los derechos humanos, los cuales, en su mayor parte, fueron estructurándose a partir de iniciativas individuales, provenientes de familiares o de amigos de las víctimas. Se concebía que el rechazo al terror era una opción de la sociedad civil y no sólo de las instituciones.

Pero con el transcurso de los años y la consolidación del sistema político, el conflicto cívico-militar fue diluyéndose lentamente, al menos en el caso argentino, no sin antes atravesar el duro período marcado por el juicio a las Juntas, la aparición del movimiento

---

<sup>1</sup> D. Carda Delgado, Estado-Nación y globalización, Fortalezas y debilidades en el umbral del tercer milenio, Ariel-Planeta, Buenos Aires, 1998, p. 24.

carapintada y las reivindicaciones planteadas por este y otros sectores de las FF.AA. Luego de lo que puede denominarse la "desactivación" del conflicto militar, la crisis económico-social comenzó a convertirse en el centro del torbellino, durante 1989. El impacto de esta crisis se percibió, desde su inicio, en términos sumamente duros: "un primer escenario socio-político a mediano plazo es de caos societal, donde uno de los rasgos principales es la desagregación extrema y anómica de conflictos y la desestructuración estatal"<sup>2</sup>. Pero no se trataba únicamente de una crisis de coyuntura sino, mucho más profundamente, de la transformación de un modelo de sociedad, que se tradujo en un cambio "de la cultura igualitaria al individualismo competitivo, del compromiso al estar bien, del trabajador al consumidor, de lo público a lo privado, al individuo"<sup>3</sup>. Como ya se señaló, la creciente centralidad del mercado parece condicionar fuertemente la capacidad decisoria de los Estados-nación, y el eje parece trasladarse hacia una matriz socio-céntrica, reemplazando un modelo Estado-céntrico (Cavarozzi, 1997). Este proceso conlleva varios puntos. Porque la conformación de una matriz socio-céntrica implica el acceso del mercado como principal asignador de recursos y centro del proceso económico. El mercado regula la actividad económica, pero también se postula como fuente de certidumbre en una sociedad donde todo pareciera cambiar todo el tiempo. De todos modos, para evitar enfoques equivocados, debemos repetir: el Estado continúa siendo la institución central en términos políticos y aún económicos (un gasto público de U\$S 45.000 millones, en el caso argentino, es muestra de ello) Es decir, el Estado no desaparece, sino que resignifica sus funciones.

Es en este contexto social y político que la gran mayoría de los autores no duda en afirmar la creciente importancia de la sociedad civil en el fin de siglo, paradójicamente en una época despojada de proyectos populares o colectivos de transformación, de caída de las ideologías, individualismo y amenazas de un creciente dualismo social. Como señala García Canclini, la sociedad civil se convierte "en una nueva fuente de certezas en este tiempo de incertidumbres"<sup>4</sup>. Estas certezas alcanzan diversas dimensiones, convirtiendo a aquella en un espacio de solución de conflictos múltiples, donde lo social y lo individual, la política y el ámbito de la familia o tantos otros conflictos pueden canalizarse, expresarse y lograr un desarrollo, constituyendo un nuevo universo de significados variables, sujetos a las distintas dimensiones que atraviesa.

Ahora bien, la dimensión de la sociedad civil es una cuestión planteada desde los inicios de la modernidad, en particular por los teóricos del contractualismo (Hobbes, Locke, Rousseau) pero también por el liberalismo de Smith y por Hegel e incluso Marx. Todos ellos le atribuyeron distintos significados, relacionados íntimamente con los conflictos de la época: legitimación del Estado, nacimiento del capitalismo, lucha de clases. Hoy el debate sobre la sociedad civil atraviesa otros caminos, marcados por otras preocupaciones, aunque persistiendo algunos problemas. Uno de los elementos que forman parte de esta nueva agenda es la cuestión del Tercer Sector y del lugar de las ONGs. En este sentido, parecen perfilarse dos preocupaciones diferenciadas.

Por una parte, surge una corriente, notablemente influenciada por el pensamiento americano de los '80, preocupada por la institucionalización del Tercer Sector, en lo que denomina la "revolución solidaria", con una visión que retrotrae al filantropismo del siglo XIX. Al mismo tiempo, sostiene que la sociedad civil, en los últimos cuarenta años de

---

<sup>2</sup> F. Calderón y M. dos Santos, Hacia un nuevo orden estatal en América Latina. Veinte tesis sociopolíticas y un corolario. F.C.E.-CLACSO, Buenos Aires, 1992, Tesis 17, p. 42.

<sup>3</sup> Daniel García Delgado, Estado y Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural, Flacso - Grupo Norma, Buenos Aires, 1994, pp. 211-245.

<sup>4</sup> García Canclini, Consumidores y ciudadanos, Grijalbo, México, 1997, p. 29.

historia argentina, habría crecido amparada o, más aún, "colonizada" por el Estado, ya que éste "impidió la diferenciación entre lo social y lo estatal... mediante una extrema labilidad de la esfera de lo privado, y un intenso sentido de lo colectivo (cuando no corporativo)"<sup>5</sup>. Esto sucedió, además, porque "al faltar autonomía del mercado, las chances de vida de la mayoría de la población dependieron, de un modo u otro, del Estado"<sup>6</sup>.

Bajo esta concepción, el individuo se habría visto cercado por la lógica de lo político en detrimento de su esfera individual, ya que las opciones públicas eran de carácter holístico. De este modo, sostiene esta corriente, el individuo sólo podía hacerse oír en tanto se lo "permitiesen" las lógicas partidarias y movimientistas, de manera que sus propias aspiraciones que daban subsumidas a esta realidad.

A partir del cambio estructural en la Argentina, la sociedad civil, según esta concepción, recupera un espacio de libertad y autonomía frente al Estado, retomando la esfera individual como propia. El individuo ya no es "inducido" a actuar de determinada manera en el espacio público, orientado por un sentido colectivo más o menos uniforme. Ahora prevalece la esfera de lo individual, un discurso a favor de la autonomía y la libertad. Por ello, la concepción de participación se define en términos privados, de decisión individual, ajena a los conflictos sociales emergentes; antes que como compromiso social, se presenta como solidaridad individual o neofilantropismo. Si bien reconoce que el retiro del Estado genera algún peligro para los más desprotegidos, esta corriente considera que ello puede subsanarse con el fortalecimiento de la sociedad civil.

Porque el Estado más, que expandir la sociedad, la limitaba al imponerle una estructura estática.

Por ello, las propuestas en este sentido nos hablan de una sociedad civil altamente heterogénea y de un Tercer Sector amplio. "No hay incompatibilidad entre lo que hoy puede ser la organización popular en barrios' de base con lo que puede ser la acción empresaria"<sup>7</sup>. Esta "amplitud" de criterio quita la posibilidad de establecer conflictos económico-políticos como parte substancial del debate. De allí que la principal tarea del Tercer Sector, como representante de la sociedad civil (porque, en esta concepción, 105 partidos y los sindicatos han dejado de serlo), es asegurar la cohesión social, y su rol político apunta al aumento de ciudadanía y de derechos. Al ubicar estas tareas (incluso todo aquello que favorezca un nuevo contrato social que logre re-ingresar a los que quedaron afuera) en el ámbito de la sociedad civil, se ahuyenta el peligro del retorno de la intervención estatal y las supuestas lesiones a los derechos individuales<sup>8</sup>. Además, la sociedad civil es concebida como más eficiente y menos corrupta que las órbitas estatales, estableciendo una mejor relación con los beneficiados. El rol de las ONGs como agentes de políticas públicas, suplantando al Estado de Bienestar, ocupa aquí un lugar central, en particular a partir de las políticas de descentralización y desarrollo local. El gran impulso que esta tendencia ha obtenido lo de muestra el apoyo y fomento que organismos como el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo le han brindado.

Pero puede pensarse otro universo de preocupaciones en torno a la sociedad civil, en particular respecto de la nueva conflictividad emergente y las nuevas formas que adquiere lo público.

---

<sup>5</sup> I. Gonzalez Bombal, "¿Entre el Estado y el mercado? ONG's sociedad civil en la Argentina", en A. Thompson (comp.), Público y Privado. Las organizaciones sin fines de lucro en la Argentina, UNICEF -Losada, Buenos Aires, 1995, p. 68.

<sup>6</sup> Idem, p.69.

<sup>7</sup> A. Thompson, "La sociedad civil, el monstruo de mil cabezas y la democracia", Nueva Tierra 12 (1998), p. 28.

<sup>8</sup> I. González Bombal, Hacia un nuevo contrato social para el siglo XX/, documento de base para el IV encuentro del Foro de Tercer Sector.

Así, la otra lectura ve la vinculación Estado-sociedad civil que caracterizó a la Argentina de posguerra como una relación que se inscribía en el interior de un proyecto político de condiciones más amplias: la concepción de sociedad civil identificada con la de pueblo<sup>9</sup>. De esta manera, la realización del ciudadano se efectivizaba mediante su inserción en este último. La expresión del ciudadano, su participación e influencia en lo público, era constituida (o se expresaba mediante) su participación política, a través de los partidos políticos o los sindicatos. El quiebre, de este modelo y la constitución de uno nuevo en la Argentina es definido, para esta corriente, por la instauración del individuo en detrimento de lo "social". El nuevo modelo echa por tierra las aspiraciones de transformación/ radical o no, que el anterior suponía o planteaba. La participación, luego de una etapa protagonizada por los partidos políticos y los sindicatos, parecería correrse hacia los nuevos movimientos sociales<sup>10</sup>.

Pero, en esta segunda lectura, la sociedad civil no es considerada como el espacio del altruismo en contraposición a la política, ámbito de la perversión. En tanto se manifiesten intereses contrapuestos, cualquier espacio es un espacio de conflicto más o menos explícito. Ni se trata tampoco de que ella venga a sustituir la ineficiencia del Estado o las "imperfecciones" del mercado. Porque la sociedad civil -como señala Bustelo- no deja de reproducir las características históricas de nuestro país, signado por una fuerte relación patronal en las instituciones<sup>11</sup>.

Esta sociedad civil no es, tampoco, un mero colchón frente a los planes de ajuste. En este sentido, tanto las teorías contractualistas de inicios de la modernidad como las actuales, suponen un marco de igualdad para los individuos al momento de firmar el pacto. No asumen, en este sentido, las desigualdades de todo tipo que existen entre ellos ni, en particular, las relaciones de poder, que siempre son asimétricas. Tanto en J. Locke como en T. Hobbes, el pacto establecía lo social, pero no era capaz de regularlo sin la intervención del Estado. Paradójicamente/ en las nuevas propuestas contractualistas, éste no cumple un rol central, pues la dimensión del contrato es exclusivamente social, de manera que no queda claro quien será el responsable y garante de dicho pacto, y cual es el papel de la política.

Por ello, "en un sentido histórico la emergencia de la sociedad civil viene en reemplazo de la fuerza que tuviera la idea de pueblo y de clase en el modelo anterior"<sup>12</sup>. Es el modo de reconstruir lo político y lo público desde una perspectiva social, y en todo caso no esencialmente estatista, pero no reemplazando a los primeros. Porque de lo que se trata es de redescubrir cuál es el nuevo rol de la sociedad civil, bajo la forma que asume el Estado y el mercado.

El peligro es que se construya nuevamente un mito: como antes fue el mito del Estado de Bienestar y luego el del mercado/ hoy podría montarse el mito de la sociedad civil, que luego, seguramente, se traducirá en decepción y fracaso, al haberse depositado en él falsas expectativas. Pero, también, esta nueva valorización puede convertirse, como decíamos, en un espacio donde se generen nuevas certidumbres, bajo una lógica comunicacional a través de la cual la sociedad civil adquiera una dimensión de construcción y de relaciones sociales<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> Por ejemplo: A. Colombo y v. Palermo, *Participación política y pluralismo en la Argentina Contemporánea*, CEAL, Buenos Aires, 1985, o D. García Delgado, *Raíces cuestionadas: la tradición popular y la democracia*, Vol. I y II, CEAL, Buenos Aires, 1989.

<sup>10</sup> F. Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, UNU, CLACSO, IISUNAM, Buenos Aires, 1986.

<sup>11</sup> E. Bustelo, "El abrazo", *Enoikos* 9, FCE - UBA, Buenos Aires, pp. 38-44.

<sup>12</sup> D. García Delgado *Estado-Nación y...*, p. 227.

<sup>13</sup> Ídem.

### 3. ¿Tiene sentido plantear un nuevo rol de la sociedad civil?

La pregunta es central, pero de ningún modo nueva. Como recién veíamos, los pensadores de la modernidad habían intentado describir la sociedad civil y establecer su espacio en el orden político y económico. Cualquiera fuese la postura de cada uno de ellos, la sociedad civil aparecía con características propias.

Algunos autores sostienen que sólo las instituciones políticas existentes (partidos y sindicatos) son capaces de canalizar la representación de los ciudadanos y contribuir a que éstos lo sean en términos efectivos. El discurso de "fortalecimiento" de la sociedad civil estaría tomando un camino equivocado, porque no es posible construir nuevas institucionalidades que reemplacen a los actores antes mencionados. Otros autores, por el contrario, apuestan únicamente a este espacio, en el cual la orientación estaría dada por los intereses particulares del individuo y no por las estrategias de las asociaciones.

A nuestro entender, ambos discursos realizan un análisis incompleto, más que errado.

Antes de desglosar los diversos aspectos que hacen a una perspectiva inclusiva, hay que dejar sentado el hecho de que los partidos políticos mantienen, y es de esperar que lo sigan haciendo, el monopolio de la representación política, y son los únicos capaces de colocar a un líder en el ejercicio del poder, de generar políticas públicas y aún de canalizar demandas. No se percibe en la sociedad formas organizativas nuevas que logren reemplazarlos en estos aspectos.

Hecha esta aclaración, se nos presentan algunas cuestiones que modifican el panorama.

En primer lugar, los partidos han abandonado la representación simbólica que los caracterizaba anteriormente. Al convertirse en partidos "atrápalo todo" (catch all), han perdido su vinculación geográfica, de clase, ideológica, o cualquier otra que tuviesen. Ya no logran simbolizar y construir una pertenencia medianamente coherente para sus miembros, y al estrechar sus propuestas a horizontes coyunturales, pierden su identificación como herramienta de transformación social. Los partidos no seducen a sus electores con apuestas riesgosas, ni buscan a través del discurso implicar a sus votantes en un proyecto: más que construir bases sociales, construyen bases electorales más o menos fluctuantes para cada elección<sup>14</sup>.

En segundo lugar, han aparecido nuevas demandas, por afuera de la lógica de los partidos del Estado de Bienestar, o más exactamente, surgidas en los procesos de modernización. Demandas acotadas, vinculadas a un espacio público no político, referidas a aspiraciones post-materiales y no articuladas con otros aspectos de la vida social. Estas nuevas demandas no podían ser ya procesadas y agregadas por los partidos políticos. Es decir que comenzaban a generarse nuevos intereses por parte de la sociedad, no ya a través de los partidos. Paradójicamente, este proceso se desarrolla mientras los partidos adoptan el modelo catch all. Cuando los partidos intentan abarcar a todo el mundo, surgen movimientos que intentan diferenciarse. Si la igualdad había sido la premisa del Estado de Bienestar, la diferencia es el nuevo marco de construcción de identidades: ya no se trata de garantizar la igualdad, sino la diferencia.

Por otro lado, y retomando el análisis del punto 1, la hiperinflación, la reforma estatal, el desempleo, generaron y generan, en la sociedad, altos grados de incertidumbre, de malestar y de "mal humor social", como lo define N. Lechner; insatisfacción que suele traducirse también en altos grados de desafección ciudadana, como sostiene el mismo

---

<sup>14</sup> Sin embargo, las identidades partidarias de ningún modo han desaparecido. Los grandes partidos nacionales y algunos provinciales mantienen un "piso" electoral estable.

autor. Como en las tragedias, aquí se plantea un dilema crucial: ¿quién se hace cargo de lo social? Lechner formula así la pregunta: ¿Debe la política representar a "lo social"?

En la construcción de las democracias occidentales, este dilema se planteó inmediatamente a continuación de la generación de su sistema político. En los Estados Unidos, el gobierno de la Unión decidió postergar la cuestión social apremiante, la esclavitud, para cuando el sistema político estuviese consolidado, lo cual le habría permitido un desarrollo estable de este último. En cambio, Francia, se sostiene, construyó su democracia incluyendo desde sus inicios la cuestión social, lo cual le generó una gran inestabilidad, pues cada conflicto social repercutía, o directamente estallaba, en el interior del sistema político<sup>15</sup>. Sin embargo, continuando con Lechner, lo social y lo político no son tan fácilmente distinguibles, porque decisiones en ambos aspectos se entrecruzan.

Lo que aquí queremos poner en primer plano es la dificultad para traducir lo social en demandas políticas, para convertir las demandas sociales en cosa pública, para hacer representable aquello que aún no se define nítidamente. Porque las diversas categorías que generan la exclusión no logran construir un "sujeto" semejante a la clase o al pueblo. Como señala J. Portantiero, para que haya representación es necesario que existan intereses representables. En el pasado cercano, los sindicatos lograron convertir su demanda social -básicamente salarial y de condiciones de trabajo- en cosa pública, insertándola en la agenda política. Ante la conformación de nuevas formas de marginación social y económica, la aparición de nuevos pobres y la ausencia de mecanismos de inserción social eficientes, ¿debemos limitar la democracia a un orden político institucional? "Tal vez la democracia significa sólo democracia, es decir, un método plausible y civilizado de dirimir conflictos, y no libertad, igualdad, fraternidad. Estas promesas existen, sin embargo, y ningún desencanto las ha abolido"<sup>16</sup>. Entonces, esta disyuntiva está presente, porque los individuos, a su vez, esperan que la democracia intervenga en lo social, porque la imagen del Estado de Bienestar, del Estado Providencia, si se prefiere, aún no aparece desmantelada.

¿Entonces? Intentar una reconstrucción del modelo anterior no parece ser el camino, pero ello no puede limitarnos a abandonar lo social a las fuerzas del mercado y a la suerte individual. El sentido de comunidad es inherente a la construcción de la sociedad, sin que ello signifique que la comunidad deba ser homogénea y vertical, ya que "quizá sea mejor pensar en individuos, personas y familias con pertenencias múltiples. El individuo no forma parte de una comunidad, sino de múltiples, y expresa su identidad en un conjunto de pertenencias"<sup>17</sup>. El presente obliga a reconocer, como afirma C. Lefort, que "la representación no agota la democracia". Si la política no asume lo social, debe plantearse la construcción de espacios de certidumbre e integración desde otras realidades. Ahora, para no pecar de ingenuos, es imprescindible tener presente que una sociedad altamente fragmentada en diversos sentidos colectivos e identidades sociales, corre mayores riesgos al pretender "conservar una relativa coherencia y asegurar una relativa integración de sus miembros"<sup>18</sup>, que una más homogénea o integrada, pues el peligro pasa a ser el de la plurifragmentación social.

---

<sup>15</sup> Esta postura, ampliamente desarrollada, puede encontrarse en A. Touraine, *¿Qué es la democracia?*, FCE, Buenos Aires, 1995.

<sup>16</sup> N. Lechner "¿la política puede y debe representar a lo social?", en dos Santos, M. (comp) *¿Qué queda de la representación política?*, CIACSO - Nueva Sociedad, Caracas, 1992, p. 135.

<sup>17</sup> F. Mallimaci, "Demandas sociales emergentes: pobreza y búsqueda de sentido", en *Pobreza urbana y políticas sociales*, Ceil, Buenos Aires, 1995, p. 42.

<sup>18</sup> C. Lefort, "la representación no agota la democracia", en dos Santos, o. e, p.139.

Si la sociedad civil significó, en las concepciones teóricas de los inicios de la modernidad, un espacio de libertad, de intercambio económico, de igualdad de oportunidades, una esfera donde se ponía límites al poder del Estado, ¿cuál será hoy su rol? O ¿adónde apunta su emergencia? Esa es la cuestión actual. Hemos aludido a diversas interpretaciones, pero ninguna de ellas niega su nueva centralidad. Este rol, si no plenamente definido, sí insistentemente reclamado, tendrá que ver, sin duda, con las nuevas preocupaciones de la sociedad en su conjunto o, mejor aún, de sus diversos grupos, que encuentran, bajo el difuso rótulo de sociedad civil, un espacio de libertad, de creación y de participación, pero también de un compromiso que puede aparecer menos comprometedor o más light que el de un partido político o un sindicato.

#### 4. El Tercer Sector en el debate de lo público

Tomar al Tercer Sector fuera del contexto histórico y político en el que surge, puede convertir su análisis en una visión reduccionista y axiomática, fuera de las relaciones sociales y de poder realmente existentes en la sociedad.

Lo cierto es que las pautas de participación se modificaron en nuestra sociedad. Se puso a prueba "la política en cuanto a su capacidad para orientar la marcha de la sociedad... perceptible en la confrontación del poder político no sólo con otros poderes, sino también en la subjetividad ciudadana -el comportamiento electoral, el cuestionamiento de los partidos por parte de diversos movimientos y actores sociales y las nuevas lógicas de lo público, sobre todo en lo que se refiere a combinaciones diferentes entre la representación formal y la informal, con incidencia de la revolución comunicacional"<sup>19</sup>. De esos "otros poderes" que jaquean a la política, el continuo ascenso de la lógica del mercado y los procesos de globalización son sin duda los de mayor importancia; en parte porque introducen otras lógicas que las del tiempo político, y generan un nuevo dinamismo internacional que implica la creciente importancia de diversos actores, los cuales se colocan por encima de la política nacional (en particular el campo de los "expertos" y el mundo financiero) (Held, 1997).

Todos estos cambios, más los procesos de fragmentación y exclusión social que generan las políticas neoliberales, transforman el campo de la representación y la participación política. Esta etapa, como decíamos, se caracteriza por otro tipo de organizaciones sociales: los Nuevos Movimientos Sociales (NMS). Parecen responder a un viejo comportamiento de maneras nuevas: los ciudadanos se agrupan para defender sus intereses" pero este agrupamiento es planteado, la mayor parte de las veces, en términos estrictamente "sociales". Mucho se ha discutido sobre el alcance político y social de los NMS, en particular a partir de la década del '70, discusión que deambuló entre el escepticismo y la esperanza. La primera línea afirmaba que eran expresiones secundarias, de manera que no necesariamente debían ser explicadas, pudiendo incluso constituir lo "irracional" de lo político. En el segundo grupo estaban quienes sostenían que los NMS, a través de los pequeños espacios de resistencia, solidaridad, etc., probablemente constituirían la reconstrucción de un nuevo "sujeto histórico"<sup>20</sup>. Lo que parece estar claro es que estos NMS han surgido como canales de demanda o de expresión frente a nuevas realidades y "saturación" de las instituciones existentes.

En este contexto, son organizaciones que no pretenden reemplazar a los partidos políticos, ni están en condiciones de hacerlo. Ellos no plantean la transformación de la sociedad

---

<sup>19</sup> dos Santos, M., o. e, Prólogo, p. 7.

<sup>20</sup> F. Calderón, o. c., p. 329 Y ss.

capitalista, sino que, en líneas generales, intentan adaptar la sociedad a la vida de los individuos. Surgen como nuevos clivajes en lo social, sin instituciones que los representen. Ahora bien, ¿dónde estriba la diferencia entre los NMS y el objeto de nuestra reflexión en este artículo, el denominado Tercer Sector? Este último pertenece, en realidad, a otro debate, y está conformado por agrupaciones aún más heterogéneas que los NMS. Pero es probable que muchas ONGs tengan como antecedente un movimiento social que las generara. De este modo, nosotros los distinguiremos en este sentido: los NMS son precisamente "movimientos", lo que hace que, por una parte, sea más probable que se muevan en el campo de la informalidad, y por la otra, designen un valor o un fin de carácter general que incluso puede agrupar a otros (los "derechos humanos", el "ecologismo", etc. Mientras que el Tercer Sector se compone de organizaciones con fines específicos y con bajo nivel de agregación de intereses (juntas vecinales, asociación de consumidores, asistencia social, fundaciones, etc.).

El concepto mismo de Tercer Sector lleva en sí una dinámica residual: lo que no es Estado ni mercado. Este criterio parece ser el mismo que frecuentemente se utiliza respecto de la sociedad civil. Alude, entonces, a ese amplio e indiferenciado espacio de las relaciones de los individuos entre sí, lugar, a la vez, de creación y construcción social que, en principio, no está sometida a la lógica del Estado o del mercado<sup>21</sup>.

Por ello, una amenaza latente al intentar describirlo es colocar dentro de esta categoría a todas las asociaciones, intereses y relaciones sociales que en principio no puedan definirse como estrictamente políticas (orientadas al poder estatal) o capitalistas (en tanto orientadas a la acumulación de capital).

Con el objeto de evitar esta generalización, aquí seguiremos un criterio diferencial: lo central en la configuración del Tercer Sector tiene que ver con los procesos motivacionales que llevan a los individuos a configurar este tipo de asociaciones. Max Weber afirmaba que los hombres realizan acción social cuando actúan orientados por las acciones de los otros, y cuando ellas tienen un sentido para los destinatarios. A su vez, ellas podían estar orientadas por motivos distintos, que Weber denominó tipos de acción social. Ellos son: los racionales, con arreglo a fines o a valores, los tradicionales y los afectivos<sup>22</sup>.

En particular, cuando nos referimos a acciones de carácter teleológico (el primer tipo), estamos pensando, como afirma J. Habermas, en "un mundo que por razones categoriales es idéntico para el actor y para los espectadores, esto es, que resulta accesible a ambos en los mismos términos cognitivo instrumentales"<sup>23</sup>. Es decir, es necesario compartir categorías de procedimientos comunes por parte de los actores para que exista relación social, en los términos weberianos.

Ahora bien, ¿qué sucede con aquellas acciones que no son estrictamente de carácter teleológico? Para que este segundo grupo de acciones (aquellas ligadas a los valores, la tradición e incluso los afectos) adquieran un sentido, necesitan, además, un contexto espacial, el cual "desempeña un papel activo, definiendo, en cierta manera, el sentido y el límite de ciertas acciones, a los actores participantes Y el tipo de acción que realizarán"<sup>24</sup>. En este sentido, "1,9 comunidad del mundo de vida es una experiencia compartida de

---

<sup>21</sup> Entiéndase bien que no ubicamos a este sector al margen del poder estatal o de la lógica del mercado, sino que sólo señalamos que, en principio, no se constituye bajo las lógicas de ellos (la violencia legítima y la acumulación de capital, respectivamente).

<sup>22</sup> M. Weber, *Economía y Sociedad*, FCE, Buenos Aires, 1992, p. 20ss.

<sup>23</sup> J. Habermas, *Teoría de la Acción Comunicativa*, Taurus, Madrid, 1980, Tomo 1, p. 148.

<sup>24</sup> Marco Estrada Saavedra, *Participación Política. Actores colectivos*. Plaza Y Valdés Editores, México, 1995, p. 73. La visión de este autor se encuentra emparentada con la de Agnes Heller.

interacciones sociales cotidianas, frecuentes, que van desde la intimidad hasta la vecindad en un espacio social común”<sup>25</sup>.

Pero ello no contesta, todavía, la siguiente pregunta: ¿por qué decide la gente vincularse? ¿Qué busca en estas organizaciones? Las múltiples respuestas a estas preguntas se relaciona directamente con la gran variedad de ONGs que existe en nuestra sociedad.

Pueden darse criterios racionales: obtener un beneficio, o bien realizar un valor. También el apego a una tradición o los vínculos afectivos constituyen buenos motivos. Pero por sobre todo, parece que estas vinculaciones intentan reconstruir la pérdida de sentidos colectivos, pautas comunes de integración social y cultural bajo nuevas formas, pero ahora segmentadas.

A. Mons afirma que, en las sociedades modernas (o posmodernas) de fin de siglo, "las significaciones se vuelven móviles, se entrelazan... el dispositivo simbólico ya no es estable"<sup>26</sup>. De allí se pregunta si es posible que los sentidos reboten permanentemente de imagen en imagen, si es necesario que en algún punto se fijen; o bien si es posible encontrar algún sentido a este movimiento permanente. La muerte de los grandes relatos trae consigo una incertidumbre sobre la construcción de lo social y lo político pensado colectivamente. Esta crisis no se reemplaza con un mercado que funcione eficazmente o con un Estado que sea un buen administrador. Existen certidumbres, ligadas incluso a la vida diaria, que sufren una constante descomposición. Si los sentidos no están fijos (en un proyecto, en una ideología), la pregunta es: ¿puede el individuo fijar sentidos en aquello que permanentemente cambia?

Por ello, "si el Estado produce bienes públicos y el mercado bienes privados, habría que hablar del Tercer Sector como de una economía de compartir, es decir, de la producción de bienes relacionales colectivos"<sup>27</sup>.

En este contexto y bajo las realidades que describimos, entonces, es que debemos pensar al Tercer Sector. Parecería que, en esta nueva realidad, estas agrupaciones se mueven en un espacio que implica tres crisis diferentes: económica, de representación política y de sentidos colectivos. A nuestro entender, lo que aún está en proceso de definición es el perfil que asumirán estas nuevas formas de asociación y participación para responder a esta triple crisis.

Una primera aproximación, desde el liberalismo clásico, afirma que los individuos se vincularán, en las sociedades modernas, básicamente para defenderse de males comunes, en particular de la amenaza del poder del Estado. En esta concepción, la participación aparece como un espacio de libertad del individuo, frente a los "condicionamientos" que existían en el anterior modelo. En este sentido, "el concepto de participación que predomina es el eje estructurante de los valores vigentes: estado subsidiario, repliegue hacia la dimensión privada para la satisfacción de necesidades sentidas, sociabilidad en el marco de la vecindad geográfica", e incluso, en algunas ocasiones, "amnesia de experiencias de participación política sindical de los marginados"<sup>28</sup>. Esta visión asume al Tercer Sector principalmente como defensa frente al Estado, o bien supliendo sus "incapacidades". Las ONGs están aquí llamadas a cubrir las zonas críticas que surgieron ante el retiro del Estado de Bienestar: "entre el achicamiento del Estado y el ajuste, la

---

<sup>25</sup> Idem. p. 70.

<sup>26</sup> A. Mons, La metáfora social. Imagen, territorio, comunicación, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, p. 213.

<sup>27</sup> P. Donati, "La crisis del Estado y el surgimiento del tercer sector. Hacia una nueva configuración de relaciones", Revista Mexicana de Sociología, vol. 59, nQ 4, 1997, p. 19.

<sup>28</sup> G. Cardarelli y M. Rosenfeld, Las participaciones sociales de la pobreza. Programas y proyectos sociales, Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 35.

sociedad civil tiene cada vez más responsabilidades"<sup>29</sup>, con lo cual se sostiene que la solución de los fenómenos de fragmentación y exclusión no debe esperarse del Estado, sino de la sociedad y del mercado, de la eficiencia y las organizaciones de la sociedad, "tirando la crisis para abajo" desde dos supuestos: en primer lugar, "se asume -señala E. Bustelo- que estas organizaciones tienen un potencial notable para resolver problemas concretos". En segundo lugar, se presupone una mejor relación costo-beneficio<sup>30</sup>.

Esta visión, cuya postura es sostenida por diversos grupos<sup>31</sup>, y que describimos anteriormente, apunta a la confluencia de las organizaciones de la sociedad civil y las empresas, bajo el supuesto de que si las empresas ayudan a la comunidad mediante las ONGs, éstas mejorarán el posicionamiento de la empresa ante la sociedad, construyendo una imagen positiva por su grado de responsabilidad social. De este modo, el perfil construido se aleja de la vinculación con los NMS, prevaleciendo un discurso más bien al margen de lo político (en ocasiones con una fuerte crítica al Estado y a la política) e incluso de lo público, donde hay mayor relevancia del individuo que del ciudadano. Por ello, las "zonas de influencia" de las ONGs son siempre definidas en sentido acotado, puntual; sobre demandas inmediatas y, aunque propongan también soluciones que ataquen los orígenes de los problemas (por ejemplo mayor infraestructura en el caso de las inundaciones), difícilmente estas demandas adquieran un carácter político. "Porque lo cierto es que las ONGs y organizaciones de base no intervienen en los ámbitos de la gran política sobre la reforma del Estado, sino en las zonas 'blandas', en lo micro y en lo local. No se habla con la red de las ONGs de vivienda para decidir la privatización del Banco Hipotecario, como tampoco se conversa con las ONGs de desarrollo para ver si se deben privatizar los aeropuertos"<sup>32</sup>.

Si bien todos estos aspectos ayudan al fortalecimiento de las instituciones de la sociedad civil, parece relevante asumir otra postura, en la cual el Tercer Sector sea considerado protagonista de la participación y valorando lo que el mismo proceso de participación genera. "La experiencia es colectiva precisamente porque la viven compartidamente un conjunto de actores que pueden resignificar esos sucesos o eventos cotidianos y extra-cotidianos como colectivos, y recordarlos en el porvenir como nuestros y no simplemente como míos"<sup>33</sup>. Si bien es cierto que las organizaciones de la sociedad civil pueden estar llamadas a trabajar allí donde lo hacían las políticas asistenciales, creemos que el Tercer Sector también puede estar convocado para reconstruir la deshilachada trama social. Es arriesgado suponer que pueda ser constructor de un nuevo sujeto histórico, pero sí parece ser capaz de generar espacios de comunicación y socialización democrática, de construir espacios del nosotros, como bien señala Estrada Saavedra.

Porque articular la participación de la sociedad civil puede tener diversos fines, y algunos pueden ser no muy virtuosos, como apuntan Cardarelli y Rosenfeld, recordando las políticas de Onganía<sup>34</sup>. Por ello, tampoco debe sobrevalorarse a sus organizaciones, ya que, por un lado, se ven afectadas por diversas debilidades referidas a su acción<sup>35</sup>, y por el otro, porque las ONGs parecieran adquirir un perfil característico de esta época, acompañando los cambios sociales. Por eso, no son ni movimientistas, ni radicales; más que transformar el mundo, intentan cambiar el medio que los rodea y los afecta, o afirmar su existencia.

---

<sup>29</sup> "Busco mi destino", revista Tercer Sector n. 10, junio 1996, p. 7.

<sup>30</sup> E. Bustelo, o. c.: p. 39.

<sup>31</sup> Entre otros, la revista Tercer Sector y el Foro del Tercer Sector.

<sup>32</sup> D. García Delgado, Estado - nación y...: p. 234.

<sup>33</sup> M. Estrada Saavedra, o. c.: p. 79

<sup>34</sup> G. Cardarelli y M. Rosenfeld, o. c.: p. 40 ss.

<sup>35</sup> Francisco Suárez, "Las debilidades de las ONG's", Enoikos 12, Buenos Aires, 1997.

Difícilmente puedan radicalizarse en una época caracterizada por la ausencia de planteas revolucionarios. Es más: bajo el esquema de neofilantropía, son funciona les al neoliberalismo. Pero al mismo tiempo, su accionar sobre hechos puntuales genera una adhesión desde diversos sectores sociales e ideológicos, lo que facilita la búsqueda de soluciones (por ejemplo, en las asociaciones que buscan reducir los accidentes de tránsito).

Lo que nos parece importante rescatar es el hecho de que la participación en ya través del Tercer Sector puede ser asumida como una continuación de la tradición participativa y popular, bajo una nueva forma de reclamar o de vincularse a lo público, o incluso de construirlo. Eso es lo nuevo. En una época caracterizada por un alto elitismo en lo político y lo económico, estas asociaciones pueden hacer reconocible lo desconocido; palpable lo lejano. "Dentro de estas estrategias, la pertenencia a redes es una de las herramientas centrales para obtener estos objetivos. Hacer visible y comprensivo un mundo que, de lo contrario, aparece oculto y aislado. Permite al mismo tiempo encontrar un sentido más digno y amplio a la vida, en la medida en que la red supone la existencia de procesos comunicativos llevados a cabo con otros agentes y propone direccionalidad a la acción"<sup>36</sup>.

Entonces, retomando una vez más el primer punto, nos parece que cuatro hechos fundamentales, sin llegar a establecer clivajes sociales, fomentaron la constitución de asociaciones de este tipo:

- 1) La crisis económica (hiperinflación, desempleo) generó numerosas ONGs que intentaron escapar de la crisis, como los grupos de autorresolución de demandas, los clubes de trueque, etc.
- 2) Los cambios estructurales del Estado, la descentralización y la privatización dieron lugar a otra serie de ONGs. Los primeros generaron el fortalecimiento de asociaciones vecinales o sociedades de fomento, que adquirieron un nuevo perfil ante los cambios políticos. La tercera fomentó los grupos de control y demanda hacia el mercado, y en ocasiones hacia áreas abandonadas por el Estado.
- 3) Otras ONGs surgieron a partir de la creación o búsqueda de espacios de construcción de identidades y en torno a la vida privada, donde lo cercano y lo afectivo cobran un valor central.
- 4) Por último, se han dado también ONGs de mayor carácter político y vinculadas al espacio público, que intentan reconstruir un discurso político desde los sectores más "golpeados" por la crisis, pero que se reconocen en una trayectoria de participación y compromiso social y político. Ejemplo de el/o son las multisectoriales, los sin techo, etc.

Aunque esquemático, este cuadro nos permite recorrer los ámbitos donde estas organizaciones han florecido y a su vez los espacios desde donde pueden generarse criterios en pos de una nueva y activa solidaridad pública.

## **5. Reencauzando el diálogo social: la Iglesia y Tercer Sector**

Desde el siglo pasado, la Iglesia en Argentina ha buscado distintas opciones para incidir en lo social y en lo político. La primera y más antigua está vinculada a la creación de organismos de caridad pública de carácter asistencial. Algunas tenían su origen en iniciativas de grupos o personas de las clases dominantes, que adquirirían un perfil privado, de ayuda a los indigentes; y otras se daban con un carácter mucho más institucional y pastoral, a través de las órdenes dedicadas a la caridad y luego, en la década del '50, con la aparición de

---

<sup>36</sup> F. Mallimaci, o. c.: p. 40.

Caritas. También se incorporó la búsqueda de evangelizar el mundo del trabajo a través de la creación de los Círculos de Obreros y, en este siglo, de la Juventud Obrera Católica. Se alentó incluso la formación de grupos políticos, como la Unión Demócrata Cristiana, en 1912, y el Partido Demócrata Cristiano, en 1954. También surgieron otras expresiones en el interior de la Iglesia, que intentaron responder a los movimientos políticos de la época, como el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, numerosos grupos de acción pastoral y social, etc.

Luego de todas estas experiencias, la incertidumbre también flota en el ámbito eclesial, pero desde la sociedad dos reclamos permanecen instalados: se tome el rumbo que se tome, la Iglesia, en particular la jerarquía, debe aparecer lo más alejada posible de las esferas del poder político y económico, abandonando la concepción elitista en su diálogo con la sociedad. "Lejos del poder, cerca de la gente", es la frase notoriamente repetida. Desprendiéndose de lo anterior como su consecuencia y, al mismo tiempo, su fundamento, la identificación con los pobres y los excluidos. Estos reclamos se hicieron manifiestos, por ejemplo, en la Consulta al Pueblo de Dios (1990), donde respecto tanto de las dificultades de la Iglesia como de los aportes que ella puede hacer a la Nación, la opción por lo pobres era el eje de la propuesta.<sup>37</sup> Incluso en las conclusiones de la CEA sobre la consulta, se reconocía que la Iglesia aparece identificada con la clase media, cuando ella "no vive y actúa entre los pobres, desde ellos y con ellos"<sup>38</sup>. Pero estas demandas también se producen en numerosas instancias de la organización eclesial: por ejemplo, desde fines de la década del '70 comenzaron a crecer las comunidades eclesiales de base y las formas alternativas de trabajo pastoral y social, vinculadas a las demandas actuales, en un trabajo menos institucional y orgánico, más ligado a las vivencias y necesidades de los sectores.

En segundo lugar, bajo esta realidad surge otra demanda: la sociedad espera de la Iglesia, paradójicamente, participación en lo social y en lo político<sup>39</sup>. Desde los partidos políticos, "los sindicatos, los informales sectores que constituyen los excluidos, los medios de comunicación, etc., la Iglesia es puesta en el interior de debates con el gobierno o sobre temas de política y economía. Incluso se la coloca como fuente de certezas y de construcción discursiva en los debates. "La Iglesia -señaló el candidato a vicepresidente por la Alianza, Diputado Carlos Alvarez- ha sido la única institución que ha instalado la necesidad de una mejor distribución del ingreso y una política de crecimiento sostenido"<sup>40</sup>. Repercusiones semejantes tuvieron los mensajes del Papa en torno a las consecuencias del ajuste económico, pues se convirtieron en una de las pocas fuentes legitimadas para la construcción de un discurso que enfrentara al modelo de exclusión. La ausencia de grandes relatos, de programas ideológico-políticos alternativos al modelo neoliberal, convierten a la Iglesia en una institución con una particular autonomía, dada su relación entre lo global y lo local.

Resumiendo, dos planteos centrales aparecen en el horizonte inmediato de la Iglesia: por un lado, el replanteo de su relación con los excluidos y el consecuente abandono del perfil elitista y estatalista en su relación con la sociedad. Por el otro, cómo responder a la demanda que los diversos actores sociales le plantean frente a la grave crisis social para el primer caso, como señala entre otros Mallimaci<sup>41</sup>, debería asumirse un catolicismo de la

---

<sup>37</sup> Consulta al Pueblo de Dios, C.E.A.: Oficina del Libro, Buenos Aires, 1990. Capítulo IV.

<sup>38</sup> Líneas pastora/es para /a Nueva Evangelización 32.

<sup>39</sup> Desgraciadamente, es común en la Iglesia reducir lo político a la tarea de los partidos, dejando de lado toda reflexión en torno al orden social, a la relación Estado-sociedad.

<sup>40</sup> La Nación, 28 de febrero de 1999, p. 7.

<sup>41</sup> F. Mallimaci, "Catolicismo, Sociedad y Estado. Políticas sociales, identidades católicas, neoliberalismo y pobreza", en Cuaderno Nueva Tierra n. 8, Buenos Aires, 1998.

diversidad, pues solo desde una visión amplia del complejo y rico entramado social, que acepte la diversidad de opciones y de estilos, que renuncie a una identidad católica, podrán conocerse efectivamente las necesidades y angustias del pueblo, utilizando una expresión típica del discurso pastoral. En el segundo caso, el dilema no es menor: hoy se espera, casi "naturalmente", que los obispos, específicamente, denuncien y reclamen soluciones en torno de la exclusión, la marginalidad y la pobreza. Pero en algún punto es necesario articular un salto hacia adelante, no solo denunciando situaciones, sino comprometiéndose en la búsqueda de soluciones y de luchas. Si la Enseñanza Social de la Iglesia (ESI) no es una propuesta técnica, inmediata, para hallar soluciones, la gravedad de la situación no permite demoras, de manera que es necesario articular el marco que brinda la ESI con la práctica de los agentes de pastoral y sociales, de modo que pueda construirse una relación comunicativa, dialógica entre ambos, en lugar de las habituales desconexiones. Porque en ocasiones, como se ha señalado en la introducción a este libro, se establece una disociación entre la visión social, lo que la ESI puede aportar sobre la realidad, e incluso la denuncia profética, por una parte, y la práctica de los agentes pastorales y sociales por otra. Y esto precisamente suele ocurrir porque el nivel de generalidad en que pueden encontrarse los grandes principios (justicia, solidaridad) no logra articularse inmediatamente con las prácticas sociales. De hecho, desde la ESI se pueden emitir documentos referidos al problema de los sin tierra o vivienda, a la angustia de los refugiados o al desempleo, pero cuando esos principios de orden ético deben ser transformados en propuestas de acción, se generan una serie de conflictos que los documentos, obviamente, no puede abarcar. y los agentes de pastoral o acción social deben ir por su propio camino, sin una instancia que colabore articulando los dos niveles. Precisamente en este punto confluye el Tercer Sector, como posibilidad de articulación, de mediación. La vinculación a través de éste con la sociedad, le permitiría a la Iglesia una mayor comprensión del mundo social y de la exclusión, y romper una larga tradición de opción por las elites en sus relaciones sociales.

Ahora bien, esta relación puede ser asumida desde al menos dos ópticas distintas:

Un primer diagnóstico puede concluir que la Iglesia debe seguir trabajando como hasta el momento, es decir exclusivamente desde sus propias ONGs, (en particular Caritas), en un trabajo básicamente asistencial o como agente ejecutivo de políticas públicas diseñadas desde el Estado o desde Organismos Internacionales (BID, BM, etc.). Si bien esta opción le permite a la Iglesia mantener una capilaridad importante en su relación con la sociedad, de una forma institucionalizada, no debe olvidarse que de este modo la pastoral social puede quedar limitada por las políticas sociales diseñadas por aquellos actores, ya que al financiar proyectos sociales, estos agentes multilaterales también asignan prioridades y estilos en el ejercicio de la política social y en la lucha contra la exclusión (que prefieren denominar inequidad).

Una segunda visión puede asumir la lucha contra la exclusión como una construcción permanente y con diversos actores: el Estado, el mercado, pero también los diversos grupos que componen el heterogéneo mundo de los excluidos, al interior de la sociedad civil. Y en este sentido, el Tercer Sector puede convertirse en una estrategia. Como señala F. Forni, "propiciar la organización de grupos de base u ONGs y redes para fortalecer la sociedad civil y articular su relación con el Estado. Todo esto en orden a formular políticas"<sup>42</sup>. Porque al mismo tiempo que el Tercer Sector le "abre -a la Iglesia- la ventana"

---

<sup>42</sup> F. Forni, "Desarrollo capitalista y Doctrina Social de la Iglesia en la etapa de la globalización" en Argentina tiempo de cambios, Sociedad, Estado, Doctrina Social de la Iglesia, San Pablo, Buenos Aires, 1996, p. 116 (el resaltado es nuestro).

a nuevas realidades, a la nueva cuestión social, en una época de desestructuración social permite la articulación con formas organizativas mínimas. Porque, aún a sabiendas de sus debilidades, no hay que perder de vista que de lo que se trata es de generar política, en una perspectiva que modifique la actual coyuntura que somete todo a la lógica del mercado y expulsa sistemáticamente a millones de mujeres y de hombres, sometiéndolos a la marginalidad y a la pobreza.

Sin duda, esta perspectiva no está libre de inconvenientes, ya que no todas las ONGs estarán dispuestas a un diálogo con la Iglesia, sea por su historia (mala relación en el pasado, por ejemplo: organismos de derechos humanos) o por incompatibilidades entre la demanda que esta ONG esté persiguiendo y la cosmovisión de aquélla (minorías sexuales).

Pero aún considerando estas dificultades, el espacio que se abre desde el Tercer Sector constituye en sí mismo la oportunidad para la Iglesia de construir un nuevo entramado social donde puedan asumirse las nuevas realidades del tercer milenio, encarnando al mismo tiempo una nueva manera, menos elitista, de relacionarse con las representaciones de esta nueva cuestión social.

Aceptar el desafío y la oportunidad que implica la articulación con el Tercer Sector, supone asumir la compleja construcción de lo social, con la existencia de sus múltiples actores, organizados en torno a lógicas diferentes y en ocasiones conflictivas. Pero al mismo tiempo, constituye un espacio posible, una oportunidad, para la construcción de una nueva solidaridad pública.

#### BIBLIOGRAFIA

Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G.: Diccionario de Ciencia Política, Siglo Veintiuno, México, 1997.

Calderón, F. y dos Santos, M.: Hacia un nuevo orden estatal en América Latina. Veinte tesis sociopolíticas y un corolario. F.C.E. - CLACSO, Buenos Aires, 1992.

Calderón F. (comp.): Los movimientos sociales ante la crisis, UNU, CLACSO, IISUNAM, Buenos Aires, 1986.

Cardarelli, G. y Rosenfeld, M.: Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales, Paidós, Buenos Aires, 1998.

Colombo, A. y Palermo, V.: Participación política y pluralismo en la Argentina Contemporánea, CEAL, Buenos Aires, 1985.

Dos Santos, M.: ¿Qué queda de la representación?, CLACSO Nueva Sociedad, Caracas, 1992.

C.E.A.: Consulta al Pueblo de Dios, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1990, Capítulo IV.

Donati, Pierpaolo.: "La crisis del estado y el surgimiento del tercer sector. Hacia una nueva configuración de relaciones" Revista Mexicana de Sociología, vol. 59, nQ4, oct.-die. 1997.

Estrada Saavedra, M.: Participación Política. Actores colectivos. Plaza y Valdés Editores, México, 1995.

Garda, Canclini.: Consumidores y ciudadanos, Grijalbo, México, 1997.

Garda Delgado, D.: Estado Nación y globalización, Fortalezas y debilidades en el umbral del tercer milenio, Ariel-Planeta, Buenos Aires, 1998.

Garda Delgado, D.: Estado y Sociedad. La nueva, relación a partir del cambio estructural, Flacso-Grupo Norma, Buenos Aires, 1994.

González Bombal, I.: Hacia un nuevo contrato social para el siglo XXI, documento de base para el IV encuentro del Foro de Tercer Sector.

Habermas, J.: Teoría de la Acción Comunicativa, Taurus, Madrid, 19-0.

C.E.A.: Líneas pastorales para la Nueva Evangelización, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1990.

Mallimaci, F.: "Catolicismo, Sociedad y Estado. Políticas sociales, identidades católicas, neoliberalismo y pobreza", en Cuaderno Nueva Tierra N°8.

Mallimaci, F.: "Demandas sociales emergentes: pobreza y búsqueda de sentido" en Pobreza urbana y políticas sociales, Ceil, Buenos Aires, 1995.

Mons, A.: La metáfora social. Imagen, territorio, comunicación, Nueva Visión, Buenos Aires, 1995.

O'Donnell, G.: "Democracia macro y micra" en Oszlak, O. (comp.): El proceso, CEAL, Buenos Aires, 1982.

Prezeworski, A. (coord.): Democracia Sustentable, Paidós, Buenos Aires, 1998.

A.A.V.V.: Argentina tiempo de cambios, Sociedad, Estado, Doctrina Social de la Iglesia, San Pablo, Buenos Aires, 1996.

Thompson, A. (comp.): Público y Privado. Las organizaciones sin fines de lucro en la Argentina, UNICEF-Losada, Buenos Aires, 1995.

Touraine, A.: ¿Qué es la democracia?, FCE, Buenos Aires, 1995.

Weber M.: Economía y Sociedad, FCE, Buenos Aires, 1992.

#### Revistas

Enoikos, n° 9; Nueva Tierra n° 12; Tercer Sector, varios números.